

RAFAEL TARRADAS BULTÓ

# EL HEREDERO



  
ESPASA

RAFAEL TARRADAS BULTÓ  
EL HEREDERO



ESPASA  NARRATIVA

© Rafael Tarradas Bultó, 2019  
© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Espasa Libros, sello editorial  
de Editorial Planeta, S.A.

Ilustración de interiores de Héctor Trunnec

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 27.148-2019  
ISBN: 978-84-670-5814-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/Printed in Spain  
Impresión: Unigraf, S.L.

Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# 1

Empezó tímidamente, pero hacia las nueve ya se había convertido en una tormenta memorable.

Empujada por el viento, la lluvia golpeaba con fuerza las ventanas de la pequeña cuadra, acompasando su tintineo con el crujido de los truenos y los rayos, que, con su intermitente resplandor, iluminaban las caras de las dos mujeres mientras aquella furia del cielo parecía caer sobre sus cabezas.

Hacia media tarde una brisa húmeda había movido los bosques de pinos y creado olas casi marinas en los infinitos campos de cebada que rodeaban la aldea, anunciando la inminente llegada de las primeras lluvias de la primavera, que, para preocupación de una población dedicada casi exclusivamente a la agricultura, se habían hecho esperar.

Pero esa era la menor de las preocupaciones de Josefa a esas horas.

Se había pasado toda la mañana trabajando con ahínco el huerto a pesar de su avanzadísimo estado de gestación, o, en realidad, precisamente por eso. Repentinamente despojada de un techo hacía tan solo unos meses, necesitaba más que nunca ganarse un alojamiento donde traer al mundo a *su* hijo, solo suyo, por siempre.

La oportunidad se la había dado Marcial, propietario del hostel La Diligencia, que se situaba frente a la pequeña iglesia de San Cristóbal, en la insignificante aldea de Cunit, cercana a Cubellas. Había labrado el terreno, plantado legumbres y arrancado bledos y cerrajas sin importarle que sus manos sangraran, consciente de que el tiempo apremiaba y decidida a recibir a su vástago en mejo-

res condiciones de las que habían rodeado su nacimiento en medio de un prado hacía casi diecinueve años.

Alrededor de las nueve, el bebé había dado muestras inequívocas de que su llegada al mundo era inminente y tras avisar entre gritos de dolor a Romualda, la vaquera, experta matrona de vacas y esposa de Marcial, se había tumbado sudorosa en el humilde jergón de paja de la única estancia del hostel que podía permitirse.

Desde aquella hora, una interminable sucesión de contracciones, lamentos y empujones habían agotado a la mujer, que, animada insistentemente por Romualda, consumía sus últimas fuerzas. Josefa lloraba y gritaba tras casi diez horas de parto que esperaba tocasen a su fin lo antes posible. Nada en su vida había sido fácil y parecía claro que aquel trance tampoco lo iba a ser.

En realidad, sí hubo un breve periodo en el que, ilusa (lloraba con pena al pensar cuán ilusa había sido), creyó en el amor, en la vida y en un mundo mejor.

Había empezado a trabajar en la finca Marqués a los siete años, primero limpiando las chimeneas, luego como lavandera y finalmente como costurera. Había ascendido y hubo un tiempo en el que estuvo orgullosa de ello.

Su madre, tan inculta y pobre como inteligente y sabedora de lo que le convenía a Josefa, había observado cómo la gran finca pasaba del más absoluto letargo a una creciente actividad tras el descubrimiento de un manantial de agua fresca y aparentemente inagotable en la esquina de una pradera cercana a la masía principal. Hasta entonces, el frondoso valle había sido un apunte sin interés en el largo listado de propiedades de la familia Marqués, que llevaba siglos casándose con las mejores dotes al sur de Barcelona. Pero el agua, en una finca como aquella, lo cambiaba todo.

Un día, mientras su madre recogía leña alrededor de la barraca de piedra que habitaban, vio un reluciente landó avanzar en dirección a la masía de los Marqués y supo que la oportunidad para su hija había llegado. Sin dilación, cogió bruscamente de la mano a Josefa, que, con siete años, era una niña sucia, desgarrada y malnutrida, y la llevó a la puerta de la propiedad a la que acababa de llegar el señor Braulio, el administrador de la finca. Allí, tras inspeccionarle los dientes como a un caballo, tocarle el pelo cogiendo

un mechón con los dedos con cara de repugnancia y preguntarle su nombre, Josefa balbuceó con timidez. El señor Braulio suspiró con desinterés, miró a la mujer que tenía al lado y asintió levemente con la cabeza.

Desde entonces, Josefa no había vuelto a ver a su madre. Tampoco le había importado demasiado. En el fondo, no era muy diferente a los animales y pájaros que había visto emanciparse al poco tiempo de nacer, sin pena ni miedo, sino más bien al contrario, con ganas de luchar y hacerse con el mejor sitio posible en un mundo duro que no esperaba ni daba oportunidades a los débiles.

Y en eso estuvo. Desde el primer día.

Josefa creció con la masía. Literalmente. Con siete años limpiaba y cargaba dos chimeneas, con ocho ya eran cuatro. A los diez años la casa ya no era la sencilla casa de labranza que había conocido, sino una gran masía que seguía ampliándose y enriqueciéndose con elementos modernistas y que asombraba a todos los que la veían cobrar importancia. Tenía quince chimeneas, una en cada habitación de la familia.

Los recios muebles camperos de madera oscura habían sido sustituidos por finas cómodas Carlos IV, elegantes arañas de cristal de La Granja, trabajados tapices de la Real Fábrica y cuadros de maestros barrocos sevillanos. Las habitaciones habían sido tapizadas con telas adamascadas, *toiles* francesas y cortinas de seda. También habían irrumpido sillas y estanterías de estilo neogótico, cada vez más de moda.

Frente a la casa, se había plantado un extenso jardín jalonado por tilos y cipreses, que presidía una recargada copa de piedra rodeada por flores plantadas puntualmente para cada visita de la familia.

Las visitas de los Marqués normalmente se ceñían a la temporada de primavera-verano y el veranillo de San Martín en noviembre, aunque cada vez más, avisaban por telegrama de un inesperado viaje a la finca, algo que trastornaba mucho a todos los que se ocupaban de que la propiedad estuviera preparada para los señores.

A los doce años, mientras la masía seguía ampliándose lentamente, añadiendo alas y terrazas, Josefa fue destinada a la lavandería, ubicada debajo de uno de los depósitos de agua colocados en los pisos altos de la edificación. Con agua fría y jabón hecho a

partir de la grasa de los animales de la propiedad, Josefa y Jesusa, la hija de los primeros masoveros, pasaban horas limpiando pesados cortinajes, mantas y sábanas, que planchaban diligentemente con una extensa batería de pesadas planchas de hierro que calentaban sobre la estufa del planchador contiguo a la lavandería.

Casi espontáneamente, Josefa empezó a remendar las telas que llegaban maltrechas.

Primero eran pequeños respuntes en los bajos de las cortinas y las colchas, que cosía pacientemente en pequeñas puntadas que quedaban disimuladas en los tapizados, pero enseguida empezaron a traerle delantales y batas de los uniformes del servicio. Sin una persona fija en la casa que se ocupara, sus trabajos de costurera se hicieron cada vez más imprescindibles y valorados. A los diecisiete años ya pasaba la mayor parte de su jornada en una pequeña habitación debajo de la escalera, donde había creado su pequeño cuarto de costura. Allí, entre agujas, hilos y rollos de lana ordenados diligentemente en cajas de lata, Josefa se colocaba frente a una reluciente máquina de coser Singer y movía sin descanso el pedal que la activaba hasta que le dolían las pantorrillas.

La vida en la masía, las tres comidas diarias, la sencilla pero nueva y confortable habitación y la rígida educación que Rosa, el ama de llaves, transmitía a todo el personal, habían hecho que no quedara ni una mota de la niña pobre, sucia y desgarrada que llegó con siete años. Diez años después, Josefa era una mujer de figura bien torneada, aspecto impoluto y cuerpo firme y vivaz. Su pelo era espeso y moreno, siempre reluciente y perfectamente arreglado en un moño que cubría, como todas las mujeres del servicio, con una redecilla goyesca. Su cara era ovalada como una perfecta almendra, con una piel tersa y sonrosada sobre la que unos grandes ojos color miel se movían rápidamente, absorbiendo cuanta información podían, aprendiendo día a día de todo lo que sucedía alrededor. El ama de llaves jamás tuvo que reprenderle nada respecto a su imagen; su uniforme gris con puntillas en brazos y cuello siempre estaba limpio y bien planchado, sus zapatos impecables, sus manos olían a jabón, su delantal nunca tuvo una mancha. Bajo la apariencia de la perfecta criada, Josefa no conseguía, sin embargo, ocultar del todo a la bella mujer en la que se había convertido.

## 2

En mayo, en medio de un calor sofocante, llegó la familia Marqués. El telegrama anunciando la llegada de los señores se había recibido tres días antes en la oficina de Cubellas, el pueblo más importante de la zona, y había sido entregado a Rosa. Desde ese momento, todos se habían afanado como un pequeño enjambre de abejas para que la finca Marqués ofreciera su mejor cara. Se había pulido la plata, recortado los bordes de los caminos, plantado petunias alrededor de la copa del jardín y barnizado las puertas y las maderas nobles de la masía. Todos habían dado lo mejor de sí mismos para que no hubiera un fallo. Josefa, por su parte, había inspeccionado una a una todas las habitaciones de la edificación, controlando que todas las telas y costuras luciesen perfectas, bordando las iniciales de la familia en las sábanas que no las tenían y rehaciendo los puntos de festón que remataban las colchas.

A las doce en punto, con una puntualidad a la que nadie parecía acabarse de acostumbrar, la familia descendía de tres magníficos landós color oscuro. El servicio de la casa, seis personas en total, esperaba, como era costumbre, a la derecha de la puerta de entrada, mientras que los capataces lo habían hecho en el borde del principal camino de acceso.

En el primer coche iban doña Carmen y don Manuel, los señores; en el segundo su único hijo, Isidro, y su hermana Blanca. El tercer coche llevaba al personal directamente a cargo de los señores, una doncella para doña Carmen y dos ayudas de cámara para el señor y su hijo, además de varios baúles forrados en cuero verde sujetos por gruesas cinchas.

Mientras saludaba con la cabeza baja a la familia que le daba cobijo y comida, Josefa pensó en lo aburrida que sería la temporada de verano para el señorito Isidro, solo en aquel caserón con sus encorsetados padres y su aburrida hermana.

Pasó una semana sin apenas cruzarse con los señores. Era normal, la familia se movía por la planta principal de la masía y rara vez visitaba las zonas reservadas al servicio, pero una mañana, mientras, concentrada, daba puntadas al bajo de la falda de una de las cocineras, apareció el señorito Isidro ante la puerta de la minúscula estancia que ocupaba el cuarto de costura de la casa.

—¡Buenos días! —dijo al tiempo que asomaba la cabeza por la puerta.

Josefa dio un respingo. Inmersa en su mundo de deshilachados y respuntes no le había oído llegar. Se giró y, al ver la rubicunda faz de su señorito, se levantó apresuradamente, aplanando con ambas manos su falda antes de colocarlas respetuosamente tras la espalda.

Isidro tenía por entonces alrededor de veintiséis años, pero su cara rubia y sus facciones aniñadas le hacían parecer algo menor. Era un hombre alto y bien formado, con nariz levemente aguileña y una frente grande y despejada que moría en unos ojos azul intenso, herencia de su madre. La mandíbula, cuadrada y firme, enmarcaba una fina barba rubia que, bajando por su cuello, disimulaba solo levemente la marca de nacimiento amarronada que tenía entre la oreja derecha y el cogote.

Se dirigió a él sin saber bien qué era lo que hacía su señor en aquel lugar.

—Buenas tardes, don Isidro, ¿en qué puedo atenderle?

Isidro inspeccionó la estancia como si Josefa fuera transparente. Mirando hacia el techo y tocando la pared, enmarcada en el arco de la escalera bajo la que se encontraba.

—Esta casa crece más rápido que una hiedra. No conocía esta parte. A saber cuándo acabarán de construirla —musitó para sí. De pronto, miró a Josefa a los ojos y sonriendo le preguntó—: ¿Y usted? ¿Qué hace exactamente en esta cuevecita?

Josefa bajó la mirada y respondió con respeto:

—Soy la costurera de la finca, señor, arreglo las prendas de la casa que requieren de ello... Me ocupo también de los bordados. Si

el señor tiene alguna prenda que necesite un remiendo, yo se lo puedo hacer.

Isidro le miró divertido y rio.

—Remiendos... ¡remiendos, gracias a Dios, no tengo! Pero quizás sí pudiera estrecharme un chaleco o alargarme un pantalón. ¿Sabría usted hacer eso? En Bel no hay manera de que me cojan bien la medida, y juraría que yo no he crecido más.

—Claro, señor, si le parece puedo ir a buscar lo que sea a su habitación —respondió nerviosa Josefa. Aquel hombre le intimidaba.

—¡Tonterías! ¡Se lo traeré yo mismo ahora! —espetó Isidro.

En un momento, estaba bajando las escaleras en dirección a su habitación.

Josefa se había quedado inmóvil en medio de la estancia, con cara de tonta. Cinco minutos después, oyó el paso firme del señorito Isidro por el pasillo del lavadero en dirección al cuarto de costura. De nuevo, el señorito estaba frente a ella. Debía de haber subido las escaleras a saltos para tardar tan poco.

—¡Estos son! —le dijo mientras le entregaba unos pantalones de algodón blanco nuevos y relucientes—. ¡Cortísimos! ¡Parezco un pescador!

Josefa cogió los pantalones delicadamente entre sus finas manos como si se tratase del lienzo de Turín. Con detenimiento les dio la vuelta y comprobó el bajo.

—Le puedo bajar un poco la pernera, señor, el dobladillo lo permite. ¿Le van muy cortos?

—Pues solo me los he probado una vez, ya sabe, me van cortos, así que no los he utilizado. ¿Le parece que me los ponga y lo compruebe usted misma? Dios sabe que no soy el tipo con mejor vestir de Barcelona. Si lo deja en mis manos será un desastre.

Josefa estaba demasiado concentrada en hacer bien su trabajo para responder al humor de su señorito.

—Sí, señor, eso sería lo mejor, quizá si...

Sin darle tiempo a acabar la frase, sonriente, don Isidro la interrumpió:

—¡Fantástico, en cinco minutos estaré de vuelta con mis pantalones de pescador!

Y tras quitarle la prenda de las manos se fue con paso ligero.

Cinco minutos después volvía a estar allí. Josefa seguía sin comprender cómo se las ingeniaba el señorito Isidro para ir y venir a tal ritmo.

Con sus cortos pantalones de algodón puestos, puso los brazos en jarras y de pie, quieto, sonrió a la joven costurera:

—¿Qué le parece? ¿Nos vamos a pescar sardinas?

Josefa emitió una pequeña carcajada, casi de cortesía. Efectivamente, los pantalones le quedaban por lo menos cuatro dedos cortos, algo que en cualquier campesino hubiera pasado inadvertido, pero que era imperdonable en una destacada figura de la escena social barcelonesa. Los ojos de todos, incluso los de los más rudos trabajadores de la finca, esperaban ver a sus señores siempre impecables, con las prendas mejor cortadas y las camisas bien almidonadas. Era parte del abismo que les separaba y que tenían asumido desde hacía siglos.

—¿Me permite?

Se arrodilló y acercó las manos al bajo del pantalón. Llevaba una cinta métrica y cuidadosamente midió el espacio entre el pantalón y los lustrosos zapatos.

Tras unos segundos de silencio en los que la costurera parecía estar calculando, Josefa se incorporó, quedando a pocos centímetros del cuerpo de su señorito.

Levantó la cabeza y, asustada, retrocedió unos pasos para dirigirse a don Isidro.

—Señor, mañana mismo tendrá sus pantalones en su habitación, si le parece bien los recogeré esta tarde.

Isidro sonrió.

—¡Magnífico! Si toda la casa es igual de efectiva que usted, creo que no querré volver nunca a Barcelona.

Josefa sonrió también. Nunca recibía cumplidos y, viniendo del señorito, le llenó de orgullo. Nunca se había sentido orgullosa de sí misma hasta entonces.

Quieto frente a ella, don Isidro la miró de arriba abajo, como reparando repentinamente en la mujer que acababa de conocer.

—¿Cómo se llama? —preguntó bruscamente.

—Josefa, soy Josefa —balbuceó la costurera.

—Gracias, Josefa, no olvidaré su nombre.

Y tras mirarla de nuevo de arriba abajo haciendo que ella se ruborizara levemente, se dio la vuelta y se fue a grandes zancadas, tan rápidamente como había llegado.

A media tarde Josefa bajó a la primera planta, que permanecía en un silencio sepulcral solo interrumpido por el tictac del reloj de pared instalado en el vestíbulo. Las persianas venecianas habían sido bajadas en todas las ventanas para mitigar el sol, que tostaba la fachada de la masía desde las diez de la mañana hasta casi las seis, y se respiraba un ambiente fresco y oscuro que las anchas paredes y los suelos hidráulicos con elaborados dibujos en gris se encargaban de mantener. La habitación del señorito Isidro estaba en el extremo del pasillo principal de la planta, largo y estrecho, empapelado en rayas beige y blancas, con su recorrido marcado por una sucesión de pequeñas lámparas de araña con brillantes cuentas de cristal de roca.

Josefa sabía que don Isidro había salido a pasear media hora antes, por lo que tras golpear protocolariamente la puerta, entró en la habitación sin esperar respuesta.

La estancia estaba decorada ricamente con muebles de caoba con refinadas marqueterías y presidida por una gran cama estilo imperio que recordaba a una barcaza, con el cabezal y los pies rematados por cabezas de cisne doradas. Encima del cabezal, sobre la tela adamascada verde con la que estaba tapizada toda la habitación, colgaba un cuadro ovalado de la Virgen, rodeada de nubes y angelotes. A los pies de la cama, Josefa encontró los pantalones que venía a buscar, perfectamente colgados sobre el galán de noche.

Al poco rato ya estaba arreglándolos en su cubículo bajo la escalera. En una hora estaban listos. Miró su trabajo con satisfacción. Estaban perfectos.

Volvió a la habitación de la primera planta, que seguía en absoluto silencio, y colgó los pantalones de una percha en el interior del armario de limoncillo, junto con otros que le parecieron prácticamente iguales.

En tres días no volvió a ver a don Isidro.

Esta vez eran unas colchas las que estaba remendando cuando, una vez más, el señorito apareció, inesperadamente y de repente, en la puerta del costurero.

—¡Buenas tardes, Josefa! —dijo alegremente.

Josefa dio un brinco y se incorporó. La había asustado.

—Buenas tardes, señorito.

Isidro se dio cuenta de su brusquedad.

—Disculpe, Josefa, si le he asustado, solo quería agradecerle el excelente trabajo que ha hecho con mis pantalones. ¡Míreme! ¡Me quedan perfectos!

Josefa miró tímidamente a su señorito. Efectivamente, le sentaban de maravilla.

—Sí, sí, señor, le quedan impecables —respondió con modestia.

Apoyado en la puerta con una pierna cruzada elegantemente sobre la otra, Isidro parecía encantado de estar allí.

—¿Sabe, Josefa? Es realmente afortunada de hacer algo tan bien. Llevo tres días pensando en qué tarea soy yo tan eficaz como usted en la suya... y sigo sin encontrar una respuesta. Monto a caballo pero mi padre lo hace infinitamente mejor, me gusta la música pero no sé tocar ningún instrumento, manejo algunas contabilidades pero siempre asesorado por los administradores, canto mal. ¡Ya ve! ¡Una joya! ¡No sé hacer nada! ¿Qué le parece eso, Josefa?

Josefa no estaba acostumbrada a que nadie de la familia Marqués se dirigiera a ella en ese tono. Pero la idea de un señorito comparándose con ella le había hecho gracia y le había relajado un poco.

—El señor sabe hacer muchas cosas, yo solo sé hacer una —dijo, y al tiempo que lo decía, descubría algo de sí misma en lo que no había caído: efectivamente, solo sabía coser.

Isidro se la quedó mirando un segundo con cara de pena, consciente de estar frente a una persona que se había agarrado con fuerza a la única oportunidad de aprender que había tenido, mientras él desaprovechaba prácticamente todas las que le llegaban regaladas.

—Josefa, usted sabe hacer bien todo lo que le han enseñado, pero le han enseñado pocas cosas.

Eso ya lo sabía, pero oírlo de la boca de alguien se le hacía duro. Se movía en un entorno en el que cada uno había aprendido su tarea sin más y no había comparaciones posibles. Ahora, frente a alguien mucho más cultivado que ella, la comparación era dolorosa.

La gente del campo sí sabía hacer muchas cosas, y los señores también hacían muchas otras, pero la gente de la casa vivía dedicada a hacer únicamente la pequeña parcela del trabajo que le era encomendada, sin extralimitaciones. Eran como una máquina de la que ella era solo una pequeña parte, inservible por sí sola.

—Muy pocas, señor, solo me han enseñado a coser —susurró mientras miraba al suelo.

A Isidro le horrorizaban los problemas y las tristezas. Había tenido pocos y no sabía cómo afrontarlos. Rápidamente cambió de tono para inquirir alegremente:

—¿Y qué le gustaría aprender, Josefa?

Había una cosa que Josefa hacía años que deseaba saber hacer pero nunca había reunido el valor para pedir que le enseñaran. Sin embargo, en aquella habitación pequeña y ordenada con olor a lana y jabón, frente a un hombre de otro mundo al que no conocía, respondió:

—Me gustaría saber escribir mi nombre.